

Selección RNR

S. B. R.

Diez



Romance Actual

Diez

S. B. R.



SÍGUENOS EN
megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Todos los personajes, nombres y situaciones de esta historia son ficticios.
Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

“Cui dono lepidum novum libellum arida modo pumice expositum?
Corneli, tibi, namque tu solebas meas esse aliquid putare nugas...”.

“¿A quién puedo dedicar este librito, apenas pulido de asperezas? A ti,
Cornelio, que siempre te has tomado en serio estas mis cosas sin
importancia...”.

Cayo Valerio Catulo

87 AC - 57 AC

A Bénédicte. Por su apoyo incondicional y su cariño sin reservas.
A Satur. Por encima de todo, por ser un hombre bueno.

“Aldan and I have been married for 26 years. Being in love is just a distant memory. Somewhere inside, we do care and respect, and look out for one another; but we have pretty separate lives, and it’s a long time since the focus for either of us was the other one.”

0. Wunderbar. Mucho tiempo antes.

¿Debería conformarme con un beso... el suave aleteo de una mariposa en mis labios?

Apenas hablaba con nadie. Por eso me impresionó tanto aquel tono de voz y aquella dicción tan perfecta que parecía de otro mundo, más que de otro país.

— En la construcción de las frases condicionales, el primero de los verbos va en subjuntivo y el segundo va en condicional, ¿no es así?

Me quedé embobado mirándola, sin reaccionar siquiera cuando un ligero rubor cubrió sus mejillas. No perdió su aplomo, sin embargo. Apartó de mí sus dos focos azules, y apuntó a la tele con uno de sus deditos: “Ese señor ha utilizado dos subjuntivos seguidos”, dijo.

Apenas le dediqué una fracción de segundo al iletrado de turno, y volví a sumergirme en aquellos dos mares profundos. Sus compañeras llegaron en tropel, y me urgieron desde la puerta tocando el silbato del tren:

— Tuu-tuuu... ¡¡¡Vengaa, que nos vamos!!!

“Sí, tienes razón”, dije torpemente al pasar por su mesa, saludando a las otras chicas con la mano. Pero no podía dejar de mirarla, me tenía embrujado. Me giré poco antes de salir, y la vi mirándome, una leve sonrisa y un ligero asentimiento con su cabeza.

Un brusco estirón me hizo despertar de mi ensueño, y trastabillar. “¿Ya estás ligando con la ‘gaguita?’”, se burlaron de mí, a la vez que me secuestraban del brazo. “Cuenta, cuenta. ¿Tiene lengua? ¿Sabe hablar?”, rieron inclementes.

Era un grupo de profesoras universitarias de español que habían venido a unos cursos de especialización en pos de consolidar sus puestos de trabajo, o de subir peldaños, según fuera el caso. Pero así como las otras se pasaban la vida de fiesta en fiesta, “La Gaguita” parecía ser la única que se lo tomaba en serio. Nunca la vi de fiesta con nadie; las pocas veces que venía por el bar era con sus libros y sus cuadernos de notas, que desparramaba sobre la mesa; siempre estudiando, siempre ajena a todo y a todos, indiferente por completo a las miradas y risitas chacoteras de sus “amigas”.

Yo la contemplaba disimuladamente desde la otra mesa, sentado con sus ruidosas compañeras, que parecían tenerle un odio cerril, quizá por ser quien más y mejor aprovechaba los cursos, quizá por sentirse ignoradas de aquella manera, quizá por ser, con mucho, la más bella y con más clase de todo el grupo.

La siguiente vez que coincidí con ella, me armé de valor y me acerqué a su mesa, de la forma más casual que pude. “Hola”, le dije. Levantó su hermoso rostro de los libros, y todo se volvió azul a mi alrededor. “Hola”, me dijo. Se me quedó mirando, pensativa, y mis rodillas empezaron a disolverse. Recogió un poco sus libros, hizo un hueco en su mesa y me cambió el destino: “¿Te quieres sentar?”.

No me dio tiempo a sentarme. No escuchó el bombo dentro de mí. No se dio cuenta de los golpes en mi camisa. No se fijó en el incendio en mi cara. Ya no me miraba. Tenía una lista de preguntas en su libreta, y empezó a dispararme una detrás de otra, y a tomar notas con mis respuestas. Eran cuestiones realmente complicadas, incluso para un nativo, incluso para un ávido lector y devoto de los diccionarios... Me sometió a un interrogatorio feroz. Mi café se quedó intacto, y frío, en la mesa. Cuando bajaron sus amigas, ella ya había recogido y se había marchado, y yo seguía todavía bajo los efectos de su LSD. “Mañana hay examen, y todavía me queda repasar. Gracias”.

Esa llegó a ser nuestra relación. Me cazaba al vuelo en el bar, y yo me hacía el encontradizo y me dejaba cazar, dándole gracias a Dios por haber nacido y por haber sido yo el elegido, en vez de cualquier otro cretino de cualquier otra mesa vecina. Aquello coincidió con la traca final del curso, y casi se podría decir que “quedábamos”, puesto que ella terminaba siempre

“una cita” quedando para el día siguiente a la misma hora. Aquello molestó mucho a sus compañeras, que finalmente decidieron marcarme con la letra escarlata y retirarme la palabra.

Pero yo era feliz. Sacaba de donde fuera horas por la mañana para prepararme “la clase” que le iba a dar por la tarde; y me pasaba todas, to-das, las horas restantes del día esperando ese momento en el que, por fin, me sentaba a su lado y respiraba su olor, me dejaba subyugar por sus colores y formas, y me sometía por completo al brillo supernova de su inteligencia.

Hablaba con las erres en la punta de la lengua, cuando sus amigas eran incapaces de arrancárselas del final de la garganta. Apenas se reía, y cuando se le escapaba alguna risa, volvía enseguida a esa actitud circunspecta, correcta pero distante.

Algo de eso empezó a cambiar el día que le regalé un ejemplar del *Diccionario de dudas*, de Don San Manuel Seco. Lo recibió sin demostrar especial entusiasmo. Me dio las gracias y se puso a hojearlo inmediatamente. Un par de minutos más tarde, su carita se iluminó con una amplia sonrisa y se le escapó un “¡Ostras! ¡Gracias! ¡Qué buenoo!!”. Bajó el libro, sin quitar el dedo, y todavía sonriendo feliz se me quedó mirando. “Me tendrás que dejar que te invite a cenar”, dijo. “Y no acepto un ‘NO’ por respuesta”, amenazó. Todavía feliz, sacó el dedito, le echó una última mirada, y colocó el libro a un lado del montón encima de la mesa. Sacó su cuaderno de notas, localizó la lista de dudas del día y empezó el interrogatorio, como si nada hubiera pasado.

Así eran las cosas. Ella disponía de mí, y yo me dejaba disponer. Era consciente de que me estaba utilizando para su exclusivo beneficio, pero no me importaba. Insistió en que le presentara a mis amigos, y disfrutaba mucho cuando quedábamos con ellos. Era evidente que aquello también era utilizarnos a todos, pero yo era feliz viéndola tan radiante, tan jocosa, riéndose, ahora sí, por todo y para todos.

Empezamos a dar paseos después de “la clase”, charlando de todo un poco, sin entrar jamás en detalles personales, que ella evitaba con notable incomodidad. Apenas supe un par de cosas: que sus padres tenían una granja, y que ella tenía allí un caballo que se llamaba Zhivago, como el doctor; que

su padre se lo había regalado, recién nacido, el día de su quinto aniversario. Prácticamente, habían crecido juntos y se adoraban.

“Lo veo poco, ahora. Desde que me tuve que mudar a la ciudad. Echo de menos el campo, el cielo abierto... y a Zhivago”, me dijo un día que estaba especialmente triste y locuaz. En seguida cambió de tema, y no se habló para nada de por qué “se había tenido” que mudar a la ciudad.

Poco a poco se fueron alargando nuestros paseos, hasta ya muy tarde por la noche, y era frecuente que nos sentáramos a picotear en alguno de los garitos que nos pillaban por el camino. Poco a poco nos fuimos acercando más al andar. Una noche me cogió del brazo, y a partir de allí se convirtió en algo habitual. Cuando nos cruzábamos con algún conocido, ella se soltaba y se apartaba un par de pasos, con el mayor de los sigilos, de manera muy discreta, pero se apartaba. Tampoco permitía que nos cogiéramos de la mano, ni besos más allá de los de hola y adiós. “Ya llegará”, pensaba yo.

Lo que sí llegó fue el final del curso. La cena prometida tuvo que esperar a la entrega de diplomas. Por supuesto, la mejor nota, con diferencia y mención especial, fue para ella. Mis amigas de antes apenas rozaron el “Apto” necesario para no volverse de vacío a sus universidades de origen. Quedamos a la hora de Alemania, por supuesto, y mi amiga se arregló a conciencia para la ocasión. Yo me quedé sin aliento al verla, mientras ella aguardaba muy dignamente a que yo me adelantara a abrirla la puerta. Sonrió con evidente satisfacción al comprobar el efecto que causaba en mí, pero era muy discreta para hacer ningún comentario. La cena fue exquisita y espléndida. En una escala del uno al diez, le daba un once... A ella le daba un cien.

Después de la cena, acudimos al concierto de aquella noche, en los amplios jardines próximos a su residencia. Era una noche fresca de verano, y por todas partes se respiraba el olor de los pinos y de las mil y una flores de los parterres cercanos.

Mientras esperábamos en nuestras sillas, se abrió la tierra bajo mis pies. “Bueno... el curso ha acabado, y toca volver a casa...”, dijo, moviéndose inquieta en su silla y buscando por todos lados adonde mirar, menos a mí. Tan embobado estaba que no se me había ocurrido pensarlo, efectivamente, que era algo que tenía que pasar.

Seguía procurando no mirarme. Yo me había quedado petrificado y sin aliento. Bajó la mirada, se ajustó el mini vestido y, sin mirarme todavía, añadió: “Pero... me gustaría quedarme un par de semanas, quizás un poco más, no sé... Si a ti te parece bien, claro. Quizás podríamos hacer algunas excursiones, visitar los alrededores, conocer un poco esto... Me gustaría que me acompañaras, pero... bueno...”. Terminó de jugar con los bajos de su vestido, levantó la cabeza y se quedó mirando a lo lejos. Yo no podía articular palabra. Se giró y me envolvió con su luz azul. Yo tenía un torbellino dentro de mí.

Los ruidos en el escenario nos distrajeron. El concierto empezó. Nos quedamos un rato sin hablar. Sentados el uno al lado del otro, sin mirarnos. En la primera pausa, volvió sobre el tema: “¿Qué me dices?”. La espuma había dejado de crecer en mis tripas, y ya tenía voz: “Pues, digo que me encantaría que te quedases. Y que me gustaría acompañarte, claro. Donde tú quieras. Gracias”. ¿De verdad dudaba de mi respuesta? Se movió en su silla, sonrió con su carita de niña feliz, aplaudió con los nudillos, titubeó un poco, se lo pensó, para al final acercarse a mí y darme un beso en la mejilla, donde quedó palpitando la humedad de sus labios y el suave roce de las alas de una mariposa. Me puse rojo, otra vez, y ella se rio aún más. “Gracias”, dijo. “Me alegro mucho. De verdad”. Y se volvió a sumergir en el concierto, sin dejar de sonreír.

Me quedé mirándola, ya sin prestar atención a nada más. Movié su brazo y cogió mi mano. Nos quedamos así, un rato más; ella mirando al escenario, sin dejar de sonreír, yo mirándola solo a ella y sintiendo el universo entero en la sola palma de mi mano. En la siguiente pausa, se giró, muy divertida, me miró de otra manera, me sonrió y se acercó a regalarme otro beso... Pero, esta vez, no puse la mejilla, la esperé de frente y la besé en los labios, sin cerrar los ojos.

El cielo se nubló de repente. Dejó de sonreír, se tapó la cara con las dos manos, “Es que... eres de lo que no hay”, me dijo, y se quedó mirándome desde el otro lado del río Aqueronte. Ya no había marcha atrás. Por fin había ocurrido. Se instaló de nuevo en su atalaya de antes de nuestros paseos, pero no me soltó la mano. Se quedó mirando el escenario, sin mirarlo en realidad. Yo me estaba derritiendo. Ya nada importaba, ni el concierto, ni la noche ni

el lugar, nada; ya solo me quedaba un fino hilo de vida con el tiempo suficiente para fundirme con ella, tocarla, abrazarla, sentirla...

Me puse de pie, sin soltarnos de la mano. Ella cabizbaja. Esperé. Suspiró, se levantó y me siguió a la otra parte de los jardines, sin decir una palabra.

Nos tumbamos en la hierba, debajo de un seto en forma de arco. Apenas nos retiramos las ropas. Apenas había luna esa noche. Apenas nos daba para respirar. No hablamos. Nos besamos, nos abrazamos, nos acariciamos, nos fundimos el uno en el otro. ¿Tocar el cielo con los dedos? No... Más.

Después, nos quedamos un tiempo tumbados, el uno al lado del otro, tocándonos las manos, besándonos y mirando las pocas estrellas que había esa noche.

Hicimos todo el camino de vuelta a su residencia cogidos de la mano, sin hablar. Cuando llegamos al portal, aún nos quedamos un rato mirándonos con algo que parecía cariño. “Te veré mañana”, le dije. “Claro”, me dijo ella. Pero, entonces, me miró otra vez con esa tristeza-ternura desde muy lejos, me pasó la mano por el pelo, me sonrió una vez más, me dio un último beso, el suave roce de los pétalos de una rosa, y me dijo: “Buenas noches. Que descanses”. Por fin, se apartó de mí y entró en el portal. Fue la última vez que la vi.

Al día siguiente, por la tarde, acudí a su residencia con la rosa más roja que pude encontrar. Había algo en el ambiente que me inquietaba; pero el mazazo vino cuando subí a su habitación y la encontré vacía. Ni rastro de ella. Ni una nota, un mensaje, nada. No hubo forma de conseguir sus datos personales. Solo sabía su nombre de pila, y el de su caballo, poco más. Ni de dónde era, exactamente, ni su universidad, nada. Por supuesto, sus compañeras no me dieron el más mínimo detalle. Solo sus miradas burlonas y sus risitas crueles.

Y, entonces, el silencio.

Es, quizás, lo más duro de todo. Se padece la ausencia; pero donde antes había una presencia continua, un hablar todos los días, escuchar sus risas, su voz, percibir sus miradas, el perfume intenso de su piel, tanta presencia... de repente, nada.

Dejé de comer, de beber, de dormir. Al final de la semana, se me caían los pantalones. “Vivía” en un estado calamitoso. La buscaba por todas partes, volvía varias veces al día a la residencia, importunaba a sus compañeros, a sus profesores... Nada. Lo peor es que no entendía nada, no podía imaginarme siquiera el porqué de todo aquello. Me desangraba por dentro, me iba cayendo a pedazos.

Hasta que una noche, justo una semana después, simplemente me derrumbé y caí dormido. La pesadilla del día consciente siguió repitiéndose en el sueño. Me vi recorriendo las calles, buscándola por todas partes, molestando a la gente... Me vi otra vez cenando con ella, riendo con ella, yendo con ella por la calle, estando con ella en el concierto... el primer beso... el rubor intenso, las dos manos tapándole la cara... Y, entonces, lo vi, lo vi todo, muy claro; lo comprendí todo de repente, fue un fogonazo brutal y extremadamente doloroso. ¿Cómo pude no darme cuenta? ¿Cómo pude no verlo? Esa marcada distancia, ese brazo extendido siempre entre nosotros, ese no hablar nunca de su situación personal, ese no dar nunca pie a nada, esa reluctancia, esa tristeza al besarnos, ese no decir una palabra después, esa forma de irse sin decir nada ni dejar ninguna forma de poder contactar con ella... ¿Cómo pude no verlo?... La alianza de oro en su dedo anular.

1. Tristana. Mucho tiempo después.

Algunas mujeres tienen entre las nalgas una oquedad en forma de campana. La cavidad exacta para una cabeza bien pensante.

De costado, ella abre la luna con una mano. Él se coloca detrás. La mano suelta. La nalga cae como un telón. El nudo queda bien sujeto. El abrazo es muy íntimo. Una sonrisa. Un suspiro. Un beso de buenas noches.

Es una delicia dormir así. Boca en “I”. Boca en “O”. La incandescencia que emana del interior. La presión del mascarón de proa. Las dos bocas se funden en un beso.

Hipnos llega. Las bocas se hablan. Una pequeña gota, primero. Una segunda, después. “O” es una boca con los labios pintados. “I” es un río que empieza a fluir. La presión del abrazo. “O” se abre, apenas. “I” fluye en el interior. Es inevitable traspasar el umbral. Un apretón. “O” se rebela. Exprime. Ya no son solo gotas. El conducto está preparado. “O” se relaja. El ariete penetra. “O” aprieta. El conducto empieza a rebosar. Es inevitable llegar hasta el final.

Todavía medio dormidos, empieza el vaivén, lubricando aún más. El émbolo se pone en marcha. Ya medio despiertos, penetrando muy adentro, suspiros, gemidos. El abrazo se hace más intenso. Las manos, como garras, se aferran a los pechos. Las idas y venidas se hacen más urgentes; los golpes en las nalgas, los fluidos derramándose, los ruidos propios, todo inflama.

La cabeza gira buscando un beso, las lenguas revolotean. Se muerden los hombros, la espalda; la lengua se desliza por detrás. Todo inflama.

Es inevitable. Siento que ha llegado por las contracciones de su boca en

“O”. Dos, tres, cuatro empujones más, y el río se desborda, oleadas de semen en el interior. Siento en su espalda los latidos de su corazón. Siente en su espalda los latidos de mi corazón. La respiración entrecortada. La agitación amainando. El miembro queda dentro. Los fluidos quedan dentro. Nos volvemos a dormir. Abrazados, así.

Las hadas flotando por la habitación.

Todo eso acabó... cuando Tristana murió.

2. Abruptum.

¿En qué momento empezó a resquebrajarse todo? ¿En qué momento se acabaron los besos, las caricias al vuelo, las miradas cómplices, el vínculo íntimo entre uno y otro?

Siempre se habla de mujeres desatendidas por sus maridos, mariposas que languidecen de desamor ante la indiferencia de sus parejas. ¿Por qué nunca se habla de los hombres que padecen el desamor, la falta de atención de sus compañeras de vida? Hombres que se mantienen atentos, leales... y que no reciben, a cambio, ni una sonrisa de misericordia.

¿Podíamos haberlo arreglado? ¿Podíamos haber reconducido nuestras vidas, juntos? ¿Podíamos haber hecho saltar la chispa y encender la yesca, instalar el fuego, de nuevo, en nuestro hogar? Nunca lo sabremos.

El coche pijo de ese miserable sacándola de su camino... El amor de mi vida precipitándose al vacío. En el fondo de aquel barranco no solo quedó su vida, destrozada, sino también la mía, hecha trizas; y la lluvia instalándose para siempre dentro de mí.

Quise seguirla. Sesenta pastillas de un opiáceo *fortem* y media botella de ginebra. Pero ocurrió algo extraordinario: se acordaron de mí. Me rescataron del abismo en el último momento, apenas en el último minuto. Literalmente.

Aun así, inicié el viaje. Estuve fuera de mi cuerpo. Contemplé la escena desde arriba. Vi a los enfermeros iniciando la maniobra de RCP. Vi mi cuerpo convulsionando bajo las manos en martillo del médico de turno. “¡Que se nos va!” “¡Que se nos va!” Y, entonces, me fui.

Estuve vagando DÍAS enteros, con sus noches, por un espacio indefinido;

un lugar donde ahora era un momento de vida, y en seguida otro muy distinto; pasando de una escena a otra, de unas personas a otras... un torbellino que, mucho tiempo después, sigo sin poder digerir del todo. Entonces, vi la luz... la linterna del médico, que se sentaba en la cama y suspiraba aliviado: “Ha vuelto”.

Una vida después, apareció Victoria.

3. Victoria.

No la reconocí.

Era una época en la que todo el mundo tenía veinte años, y lo único que parecía realmente imposible era no ser feliz.

Todos odiábamos a Roland. Una de las novias que tenía era una mujer escultural, de piernas infinitas y culo rotundo. No solo era alta, culta y bella por todos lados; es que, además, era un sol, y algo indescriptible en la cama.

Cuando los oíamos llegar, primero la risa de ella detrás de la puerta, todos dejábamos de hacer lo que estábamos haciendo y nos íbamos a la calle. Porque era imposible quedarse allí mientras estos dos estaban bregando en su habitación. Los gritos ahogados, los suspiros desgarradores, los gemidos que salían del fondo del alma, los golpes en la pared, el traqueteo de la cama... Solo nos dejaban dos opciones en la vida. Una, tirar la puerta abajo a patadas, entrar en la habitación, darle una paliza a Roland y hacerlo nosotros con la chica (sí, suena muy feo, ¿vale?). La otra opción era irnos. Simplemente.

Cuando por fin volvíamos, todo era ella. Su olor impregnaba un aire que se hacía irrespirable por momentos, y su risa... Su risa nos llegaba desde fuera, mientras se alejaban abrazados por la calle. Pero lo más insoportable era esa puerta abierta, ese desastre de guerra, esa cama revuelta rezumando sexo... Corríamos a los cuartos de baño a masturbarnos como locos, embriagados con ese intenso olor suyo que se nos colaba por debajo de la puerta.

Mucho tiempo después, aún lo hacíamos pensando en ella, y todavía nos contábamos detalles de tal o cual visita en la que hizo esto o aquello, o se colocó así o asá en el balcón, mientras al mirón de turno le estallaba el corazón en el pecho.

Casi treinta años después, una desconocida me sonreía y me saludaba con la mano desde otra mesa. Cuando finalmente se levantó y vino a saludarme, ya no tuve ninguna duda con sus andares felinos. Era ella. El tiempo no había pasado en vano, pero era ella, con su risa de fiesta, sus miradas inteligentes, su conversación inagotable, su vena combativa, su pueblo del alma... Era ella. Su “yo” de hacía casi treinta años seguía estando allí.

Siendo más alta y un poco más mayor, nunca me había tomado muy en serio, y poco ha cambiado en eso, supongo; pero nos hicimos amigos. Dábamos largos paseos hablando de todo un poco, riéndose mucho (aay, su risa...) cuando le contaba nuestros apuros adolescentes. Aquellos paseos aliviaban la pena.

Un día, me echó la bronca, muy en ese estilo suyo. “Esto no puede ser. Esto no puede seguir así. Te vas a enfermar. Ya está bien de tanto drama. Te vas a poner malo, tío. Nada. Este fin de semana nos vamos a la playa, cambias de aires, te ventilas un poco el tarro, y vuelves como nuevo. Tío, que lo tuyo es ya una enfermedad, en serio”.

De camino a la playa, yo no lo tenía muy claro, la verdad. Tantas horas juntos, no me parecía muy buena idea. Pero lo cierto es que estuvo bien. Dimos nuestro largo paseo, esta vez entre los pinos, muy cerca del mar. Paramos a comer en un garito donde nos pusimos más alegres de la cuenta con los vinos... pero lo mejor ocurrió por la noche. Trajo una botella de ginebra. Nos la bebimos entera. Trajo media docena de porros. Nos los fumamos todos. Dios... qué dolor de cara y de tripa de tanto reír. Una noche adorable. Genial.

Me despierto. Me doy cuenta de que NO estoy llorando. Soy consciente de que, por primera vez en siglos, no me he dormido llorando, y no me he despertado llorando.

Apartando con las manos las telarañas de la resaca, intento poner en orden mis pensamientos. Recuerdo dónde estoy, con quién estoy, lo bien que lo he pasado la noche anterior... y afloran sentimientos de ternura y de agradecimiento hacia aquella mujer.

Me giro sonriendo y me doy de bruces con la cara de mi amiga. Sobresalto.

Pienso de prisa. Intento recordar. Nada. Bueno, tampoco sería la primera vez que termino durmiendo con una amiga después de una noche de borrachera. No pasa nada. Ya está.

Decido levantarme y meterme en la ducha. Con sumo cuidado, procurando no despertarla, intento salir de la cama. Horror: ¡estoy desnudo! Levanto un poco la sábana y, ahora sí, pánico absoluto: ella también está desnuda. Entro en estado de *shock*.

Heme aquí, casi treinta años deseando esto, por fin ha ocurrido, ¡y no recuerdo nada! Es como si fuera una maldición. Levanto la sábana y la contemplo mientras duerme, su pecho subiendo y bajando al compás de su respiración. Viajo en el tiempo. La oigo reír llegando a casa. La oigo reír desde la calle. La oigo gemir al otro lado de la pared. Está a mi lado. Piel con piel. Siento su calor. Y su olor.

Me subo encima, separo sus piernas y termino de penetrar antes de ella despertarse del todo, entre gemidos y suspiros. Sorpresa. La maquinaria se ha puesto en marcha. Besos. Abrazos. El deseo contenido, ahora desbocado. Sus compuertas se abren, y fluye. Encoge las piernas. Me abraza, besa, empuja. ¿Es real?

Me detengo y la miro a los ojos. Se detiene. Nos miramos. Un beso. Recojo más sus piernas debajo de mí. Las cosas ocurren como si fuera en sueños.

Desgrano cada uno de los recuerdos de su cuerpo, de sus movimientos felinos, de sus miradas hacia atrás, sonriendo, sus risas cristalinas... Los envites se hacen demasiado urgentes. Imposible retrasarlo más. Las compuertas se abren, el fuego se hace más intenso. Me derrito. El corazón retumbando, intentando respirar, infinitamente dichoso encima de ella, que me abraza y me pasa los dedos por la cabeza.

Todavía nos quedamos un rato más en la cama. Abrazados. Acariciándonos. Sin hablar.

El fin de semana continúa. Un nuevo día. Un nuevo paseo al lado del mar. Un nuevo lugar donde comer. Una nueva noche. Esta vez con champán. Más

porros. Otra vez el ritual. Ya de otra manera. Es una pendiente que bajamos conscientes, cogidos de la mano, con todo el cariño, hablando, contándonos cosas, entre risas y miradas, y caricias, cómplices.

No hemos vuelto a hablar de lo que pasó ese fin de semana. Jamás. Seguimos viéndonos, quedando de vez en cuando para dar nuestros paseos y tomar una copa; pero no hemos vuelto a mencionar “el tema”. Ella ha seguido su vida. Yo he seguido la mía. Aquello no ha vuelto a ocurrir.

Afortunadamente, puedo decir que seguimos siendo amigos y creo que, a estas alturas, ya no hay nada que pueda perturbar esta amistad. Siento un gran cariño por ella, y un enorme agradecimiento. Me sacó de mi agujero. Me salvó.

Había vuelto a nacer.

4. Isabel.

Después de Victoria, hubo un tiempo de profundas reflexiones. No tenía ninguna necesidad, ni deseo, de repetir la experiencia. Había que pensar y poner en orden las cosas. Pero, entonces, el diablo movió la cola.

Se sentó en mi mesa, y me soltó: “Tú no te ríes nunca”. Así, sin más. Y se puso a liarse un cigarrillo.

Yo no salía de mi asombro. A punto estaba de levantarme de la silla y responderle con una grosería, cuando me puso el cigarrillo delante y me dijo: “¿Tienes fuego?”. Captó mi atención. Si hubiera tenido veinte años más no lo habría conseguido, porque estaba en guardia; pero me cautivó aquel desparpajo y la indiferencia feroz con que parecía hacerlo todo.

Tenía diecinueve años y estaba en primero de carrera, Sociología. Y trabajaba días sueltos en aquel bar, me dijo, para ampliar sus estudios. Yo debía de ser parte de su estudio, supongo.

Ya nos habíamos visto unas cuantas veces por ahí. Incluso habíamos intercambiado unas cuantas palabras, frases vanas que no llevaban a ningún lugar. Pero aquella noche nos quedamos allí sentados, charlando, hasta que nos echaron, literalmente. “Bueno, ¿follamos, o qué?”, dijo.

Isabel era una joven adorable, alta, de huesos finos y largos, y una mata de pelo negrísimo que le llegaba hasta el nacimiento del culo. Desnuda, brillaba. De formas lánguidas, con las curvas justas donde era necesario, de nalgas pétreas, y unos pechos pequeños que era una delicia rodear con las manos.

“¿Por qué haces esto? ¿Cómo puede ser que no te inquiete la diferencia de edad?”, le preguntaba. “La edad es solo un número”, me respondía ella. A mí

sí me inquietaba, me perturbaba, pero era como vivir en una nube.

“Túmbate”, me ordenaba. Le encantaba sentarse en el Faro de Alejandría dándome la espalda. “Para que no dejes de tener claro lo que te estás comiendo”, me decía.

Ya instalada, echaba el cuerpo hacia adelante, encorvaba la espalda, resaltaba el culo y empezaba el “arriba y abajo”, arriba y abajo, que se iba haciendo más frenético a medida que aumentaba su placer. De vez en cuando, se ensartaba del todo y se movía en círculos, con unos frotamientos que nos volvían locos a los dos; para luego seguir subiendo y bajando, con distintos ritmos.

Cuando ya se sentía venir, salía de su trono y venía a sentarse en mi cara. “Es un crimen que mi corrida vaya a parar a un sitio donde no se pueden valorar mis sabores”, decía. Lamía con sumo placer aquel lugar tan dulce y tan oloroso a flores, paseando la lengua por los labios, y deteniéndome en el clítoris cuando la urgencia de sus nalgas se hacía más que evidente. Era el único momento en que dejaba de darme órdenes y se abandonaba, sin más, al disfrute de su placer. Hasta que la sentía descargar. Se estremecía toda ella, gemía quedamente y dejaba caer todo su peso encima de mí, con su cara aplastada contra su dulce enemigo, porque decía que no había mejor forma de correrse que “con una buena polla en la cara”.

Le rodeaba entonces el culo, abrazándola, lamiéndola suavemente, provocando pequeñas convulsiones con cada caricia. “Para”, me suplicaba, echando su aliento en los testículos, incapaz de detenernos a ninguno de los dos. Luego, la cogía con la mano y empezaba a devolver la tortura, con suavidad primero, con urgencia después. Hasta que mis gruñidos anunciaban lo que iba a venir. La cogía con la boca y chupaba, y seguía cuando los chorros empezaban a salir, y seguía, porque decía que era un crimen no tragarse aquello; hasta que ya no había más, y la volvía a sacar de su boca para apretarla contra su cara, y darle dulces besos, y quedarse quieta, y suspirar “qué bueno...”.

Estaba vivo, otra vez.

5. Alejandra.

Alejandra tenía un culo que no era de este mundo, la perfección absoluta; y unas orejitas de libro, hipersensibles, que la hacían derretirse con cualquier caricia, cualquiera que fuera, siempre y cuando se prodigara con suavidad y con el mayor de los cariños.

Era lenguaraz y demasiado expansiva, con una risa que espantaba a las palomas, y unas maneras que aplastaban a los hombres, hasta los más bragados, que se encogían ante su verba inagotable.

- ¡¡¡Niiñooo... deja de mirarme el culo, que ya se te nota demasiado!!!
- ¿Disculpa?
- Que sí, que sí.
- ¿Disculpa?
- Ten cuidado con lo que desees. Puede que lo consigas.
- ¡¿Disculpa?!
- ¿No sabes decir otra palabra?

Un día pasé por una tienda de carteles, y el diablo me susurró al oído. Lo envolví primorosamente y se lo llevé. Nunca olvidaré su cara. Esa expresión de sorpresa, altanera y desafiante a más no poder.

- Te has pasado un poco, ¿no?
- “Curvas peligrosas”... A mí me parece genial.

Me mira ladeando la cabeza, entornando los ojos, sin decir una palabra. Piensa. Qué difícil aguantar aquella mirada sin desviar la propia. Cara de póquer. Por fin habla: “Pasa a recogerme a la salida. No te retrases”. Tengo las piernas de gelatina. ¿Disculpa? No, mejor no decir nada.

No fue fácil. Ni rápido. Nada de “en la primera cita”. Me quería estudiar. Se lo estaría pensando, supongo. Descubrí a otra persona. Más reflexiva, más contenida al hablar. Más directa, más incisiva. Y hablamos. Unas cuantas veces. Unas cuantas. Hasta que ocurrió. Y no fue menos de lo que esperaba. Fue mucho más. Mucho más.

Una vez tomó la decisión, volvió a ser lenguaraz y expansiva, con esa risa suya que resonaba por toda la casa y llegaba hasta la calle. Pero solo en la intimidad. En público se comportaba con bastante más comedimiento. Era otra persona.

Cuando la tuve, por fin, a cuatro patas en la cama me sentí desfallecer. Su culo era como una luna, con una hendidura pequeñita de labios finos y perfectamente dibujados, como sus dos orejitas; y un anillo sin arrugas en el centro, pidiendo a gritos ser comido.

- Haz lo que quieras.
- ¿Lo-que-que-ira?
- Lo que quieras, pervertido.

¿Cómo explicarlo? Lo primero, comerse la luna a besos. Lo segundo, penetrar aquellos labios tan sabiamente dibujados. Pero era demasiado acogedor, demasiado placentero, y demasiado difícil no terminar allí mismo. Alto. No perdamos de vista lo esencial. Lo tercero, por fin, traspasar el anillo.

- ¿A dónde vas?
- Camino del paraíso, reina.
- ¿Estás seguro?

Vaya que sí. La punta se abre paso. “Demasiado” fácil. “Demasiado” estrecho. “Demasiado” cálido. Demasiadas sensaciones...

- ¿Yaaa? ¿Tan pronto? —Se ríe ella.
- No. Todavía no —Jadeando desconcertado.

El secreto está en no irse por completo, no cortar el hilo, y, sobre todo, no parar. El conducto está suficientemente lubricado, y el ariete no ha perdido rigidez.

Me inclino hacia adelante y le doy suaves mordiscos en sus orejitas. Dibujo con la lengua cada una de las aristas de sus contornos. Se estremece, suspira. La distraigo mientras la penetración continúa, poco a poco. El semen se desliza por los testículos y caen gotas en la cama. Ya está dentro. Estoy doblado sobre su espalda, que irradia un intenso calor, dándole suaves besos por todas partes.

- ¿Me sientes?
- Te siento.
- ¿Te hago daño?
- No.
- ¿Te gusta?
- Es una sensación extraña.
- ¿Te gusta?
- Me resulta placentera, sí. La siento por delante, también. ¿Te mueves?

Cuando se desea algo con tanta intensidad y durante tanto tiempo, cuando se consigue, al fin, el placer es inenarrable. Tener a Alejandra a cuatro patas, en aquella situación y con aquella disposición de ánimo, era más, bastante más, que un “simple” sueño hecho realidad.

Se deslizaba adelante y atrás, a lo largo del eje, con una soltura pasmosa. Estando tan lubricada como estaba, y con el esfínter tan relajado, aquello era una auténtica delicia porque, por dentro, era como una mano que apretaba y masajeaba. Un placer insoportable. Pronto, muy pronto, vino la segunda oleada; todo lo adentro que pudo ser porque mi cuerpo era una lapa contra ella.

Con los corazones latiendo desbocados, jadeando, me rodeó la muñeca con su mano. Sin abrir los ojos, sin apartarse el pelo de la cara, “Eres una máquina”, me dijo.

6. Madlene.

En alemán, cuando te despidas de alguien a quien difícilmente vas a volver a ver, le dices “Lebewohl” (“Lebe-Wohl”, “Vive-Bien”. “Adiós”). No se utiliza el consabido “Auf Wiedersehen”(“Hasta luego”, “Hasta la vista”). Madlene, simplemente, me dijo “Adiós”.

Hija de inmigrantes alemanes, nacida y criada en España, era todo lo típica-tópica que puede ser una belleza rubísima de ojos azules, menos en lo de ser tonta.

Era una muñequita lindísima que parecía haber sido bendecida por los dioses en cada uno de sus ciento sesenta y tres centímetros, sin dejar uno solo sin bendecir.

Un día cogí la oportunidad al vuelo, en la cola, mientras esperábamos a que nos atendieran. Ella con sus amigos, yo con los míos.

— Sprechen Sie Deutsch? (¿Habla Vd. Alemán? – Idiota, sí, lo sé, ¿vale? ...)

— Nicht sehr gut. (No muy bien —Esto ya me dejó descolocado).

— Ich kenne nur vier Sätze. (Yo solo sé cuatro frases)

— ...

— Schön, Sie zu treffen. (Encantado de conocerla)

— (asiente con la cabeza)

— Du bist ein sehr hübsches Mädchen. (Eres una chica muy guapa)

— (risas)

— Ich liebe dich. (Te quiero)

— (fuera risas...)

Entonces hizo algo que no había hecho en todos los meses que llevábamos

cruzándonos por la calle y por los mismos sitios que frecuentábamos, y que apenas daba para un “Hola”, “Hasta luego”, “Buenas noches”... Me miró.

Así comenzó todo. Aún hoy me pregunto por qué yo. De entre tantos como éramos, por qué yo. Pero ocurrió. El caso es que ocurrió.

Dábamos largos paseos por parques y jardines, cogidos de la mano; a la orilla de la playa, donde dibujábamos corazones con nuestros nombres; por las montañas cercanas, donde nos perdíamos, alguna vez, detrás de un seto o de un arbusto.

Los fines de semana, alquilábamos dos bicis y recorríamos el cauce del río de extremo a extremo. Íbamos al cine, al teatro, a museos y exposiciones.

De vez en cuando, nos permitíamos una cena exquisita en sitios presuntamente “O sea”. Pero lo que más nos llamaba a los dos era quedarnos en casa probando los cocteles que yo preparaba, o algún cava o vino de nuevo descubrimiento, fumando algún cigarrito “especial”, solo en esos momentos, y mirando alguna película. Entregados a nosotros mismos.

Yo alimentaba la ilusión de que ya estaba bien, de que ya podía funcionar, de que ya había encontrado lo que buscaba, y que ya basta de andar buscando; ya lo tienes aquí, está aquí, y ella parece sentir lo mismo; sentaos a hablar y aclarad las cosas... pero algo no iba bien.

A fecha de hoy, no consigo recordar una sola ocasión en la que Madlene manifestara un deseo, una opinión, algo que le gustara hacer, o no hacer; algo que le disgustara hacer, o no hacer. No sabría decir si es que todo le daba igual; pero lo cierto es que decía que sí a todo y, simplemente, no le prestaba atención a lo que viniese después.

Hoy, no sabría decir qué gustos, disgustos, anhelos, sueños, caprichos, futuribles tenía esta mujer. Y, eso que hablábamos mucho, la chica tenía conversación; pero ahora me doy cuenta de que iba siempre a remolque, ella no aportaba a la charla, iba siguiendo los temas a medida que los iba introduciendo yo.

En el sexo era igual. No manifestaba ninguna preferencia en especial. Se

prestaba a todo, fuese lo que fuese, sin sugerir nunca nada; y ya puestos, tengo que decir que yo estaba tan obnubilado con tanta belleza que apenas me daba cuenta de nada más.

Lo cierto es que quería quedarme para siempre junto a ese cutis de Lirio, aquel olor de Jazmines recién cortados, aquellos ojos de mar profundo, aquellos rayos de sol que se le desparramaban por la cabeza enmarcando un óvalo perfecto que parecía imposible que pudiera existir, de tan hermoso como era.

Muchas noches me quedaba contemplándola mientras dormía, sobrecogido por la impresión de estar viviendo un sueño prestado del que pronto iba a tener que despertar. Cada mañana que me despertaba a su lado era un verdadero alivio y motivo de gran alegría para mí.

Pero, hoy, aparte de las evidencias abrumadoramente físicas de la relación... ¿qué me queda de ella? Dejando de lado los recuerdos de los momentos vividos, siempre nos queda una idea, una aportación del otro, algo que sabemos del otro... De ella solo me queda el recuerdo de su belleza, sus olores florales y los bellos colores y dibujos de su rostro. Poco más.

El día que se planteó la ruptura dijo: “Bien”; pero lo mismo habría dicho si la hubiera pedido en matrimonio, o le hubiese dicho de tirarnos por un barranco.

Me queda la desazón de no haber conseguido que se expresara conmigo, se manifestara... se manifestara; que alguna vez hubiese dicho: “Esta soy yo y esto es lo que yo quiero”.

7. Kate.

En el otro extremo, Kate era un torbellino que lo arrasaba todo a su paso. Una chicarrona del norte, una dura roca de Irlanda con una agitadísima vida sentimental.

Me llamaba a las dos de la mañana, sin preguntar “¿Estabas durmiendo?”, ni disculparse por la hora. Siempre eran las mismas cinco palabras: “Los tíos SOIS unos cerdos”. Y yo, que ni pinchaba ni cortaba en aquellas sus historias, me incorporaba en la cama y le decía: “Venga, cuéntame qué ha pasado ahora”. Y, entonces, ella me ponía al día de la última de sus relaciones amorosas, que siempre terminaban en fiasco por uno u otro motivo, y siempre por la misma e indefectible razón: los tíos somos unos cerdos.

Nos conocimos en una de esas páginas de contactos, y ya la primera vez que me escribió me llamó la atención lo resolutivo de su carácter:

“Me ha gustado mucho tu mensaje y, sí, me gustaría que nos tomásemos ese café; pero tengo que decirte que estoy empezando una relación con un chico que me han presentado mis amigas, y estoy muy contenta con cómo van las cosas. Pero, si quieres, claro que podemos ser amigos”.

En realidad, fueron tres copas de buen vino (era muy exquisita en esta y otras muchas cosas), y de nuestra primera cita creo que ambos salimos con el convencimiento de que habíamos dado con algo que podía ser una buena y muy bonita amistad.

Kate me apoyaba a muerte en todas las cuestiones que le comentaba; llegando a plantarle cara, en una ocasión, a uno de mis hermanos por no apoyarme como era debido, según decía ella. De igual manera, me contaba

siempre los detalles de sus relaciones; y de mí obtenía, como no podía ser menos, la más incondicional de las entregas.

Creo, de verdad, que había un cariño sincero entre nosotros, y que nos apreciábamos con la misma sinceridad. Sin equívocos. Las cosas se habían planteado con mucha claridad desde el principio.

Kate era expansiva, alegre, optimista por naturaleza, enconadamente leal y atenta con sus amigos, y muy combativa en la vida, como no podía ser de otra forma, por los genes heredados de sus antepasados vikingos.

Era muy mona, elegante y exquisita en muchas cosas, sobre todo cuando hablaba en inglés, porque cuando hablaba en español le encantaba decir palabrotas y frases un tanto... “fuera de tono”, por decir algo, lo que provocaba asombro y miradas reprobatorias en las mesas vecinas y en algún que otro viandante.

Yo adoraba a Kate. Era la amiga-amigo perfecta. Me gustaba pensar que yo, para ella, era una de sus mejores “amigas”.

Era difícil hacer coincidir agendas; pero, un par de veces al mes, nos las apañábamos para cenar en su casa y descorchar un par de botellas de buen vino. Aquella noche, en el sofá, íbamos ya por la tercera, y las lucecitas de *warning* empezaban a dar señales.

— LO MÍO son relaciones. Lo tuyo son ligues, golfo.

— Algún día me contarás cómo haces tú esas distinciones.

— Lo que yo te diga. Y, además, ten cuidado con la rusa. Hazme caso, que las tías son todas unas zorras.

— Pues, mal andamos, con todos los tíos unos cerdos, y todas las tías unas zorras.

— Pues sí, sobre todo las rusas, que a ti se te vuelve líquido el cerebro cuando te cruzas con una de ellas.

— Exageras.

— Oye, que yo te quiero mucho; pero no puedo dejar de pensar que eres un TÍO, al fin y al cabo. Es que os volvéis tontos.

— (Risas)

— Oye, es tardísimo, ¿te importaría preparar un café?

— ¿Un café? ¿Estás borracho? Los tíos, además de unos cerdos, sois unos débiles.

— Cariño mío, tengo que conducir. Si seguimos con esto, tendrás que dejarme dormir en tu sofá.

— Pues, eso sí que no. Esperaba un polvo esta noche. Y, si te quedas dormido, te juro que te parto la cara.

— Y yo juro por Dios que estoy borracho. Estoy oyendo alucinaciones. Además, paso de pelear contigo. Seguro que me ganas.

Se echó a reír. Dejó su copa en la mesita. Me quitó la mía de la mano y la puso también en la mesita. Sin dejar de sonreír, se acercó a mí y me besó.

Cuando más tarde se levantó, me cogió de la mano y me llevó a su habitación, yo seguía en estado de *shock*. Ella, sin embargo, parecía muy entera. “Yo soy una dama. A mí me tienes que quitar tú la ropa. Ni sueñes con que voy a desnudarme para ti”. Pero... ¿cómo narices iba yo a desnudarla si apenas podía articular palabra?

Yo no diría que aquello fue una relación sexual. Puede que, quizás, ambos habíamos llegado a un momento en nuestra particular relación que necesitábamos un contacto algo más íntimo, un tocarnos más profundo, el contacto de nuestras pieles desnudas; aunque luego lo encapsuláramos y lo dejáramos allí, para seguir nuestra relación sin estorbos, sin nada que nos perturbase o nos distrajese de lo esencial: querernos y cuidar el uno del otro.

Kate era extremadamente tierna y dulce haciendo el amor. Tuvo un par de orgasmos, uno nada más empezar. Cuando, finalmente, tuve el mío, se me hacía raro estar allí, con mi pene dentro de ella, desnudos el uno encima del otro y besándonos en la boca. Pero, entonces, lo dijo y selló con eso un vínculo eterno, indisoluble, entre nosotros. Me abrazó, se acurrucó debajo de mí, me rodeó con sus piernas, y me susurró al oído: “Gracias”.

8. Amelia.

Amelia medía un metro setenta y tantos, descalza, cuando me pasaba media cabeza; y Dios sabe cuántos más cuando se ponía esos tacones que tanto le gustaban, y entonces ya ni le veía la cabeza.

Yo le preguntaba, cuando paseábamos por la calle, ella cogida de mi brazo, nunca de la mano, si no le daba apuro que la vieran del brazo con un tipo tan bajito. Me miraba, entonces, con el fastidio con que se mira a los niños preguntones, y me respondía: “¿Apuro? ¿A mí? No. ¿Y a ti?”. ¿A mí? ¿Cómo me iba a dar apuro a mí ir con alguien que provocaba frenazos por la calle, y algunas pitadas cuando a un conductor se le pasaba el semáforo en verde por quedarse mirándola? Alguna vez vi cómo un tipo se estrellaba contra una farola por girarse al verla pasar.

Amelia había sido modelo a sus veinte años, y mucho de eso quedaba en aquel cuerpo espléndido, en aquel porte y en aquellas maneras de reina de Saba. Era hierática, con un sentido del humor muy *british*, contenido, sin estridencias, y muy poco dada a las manifestaciones demasiado llamativas. Era, también, una mujer muy culta, que leía mucho y que hablaba con soltura un par de idiomas.

Solo una vez, en todo el tiempo que estuvimos juntos, la vi quitarse la capa de armiño y reír con todos sus dientes; y fue cuando la llevé a bucear a mi paraíso particular, y salió radiante del mar, con la carita iluminada de una niña feliz, contenta con la experiencia de haber respirado debajo del agua y de haber nadado con un banco de peces enormes, que se quedaban embelesados mirándola. Ellos también.

Era metódica y muy concienzuda en todo lo que hacía, incluido el sexo, donde, en una escala del uno al diez, yo le daba un quince. Cuando nos

poníamos, nunca antes de una cena con velitas y buen vino, hacíamos un repaso de todo su repertorio: sexo oral, posturas varias, con una o dos paradas para solazarse con algún orgasmo que pillaba al vuelo; pero cuando consideraba que ya estaba bien de juegos, vamos a ponernos serios, que ya está bien, lo que más le gustaba era recibirme en misionero, con sus piernas infinitas rodeándome la espalda, la succión increíble de su vagina y aquel movimiento de biela que tanto nos volvía locos a los dos.

Cuando, por alguna razón, me entretenía “más de la cuenta” y no terminaba con ella, o cerca de ella, se contrariaba muchísimo; salía de la cama y, de pie con los brazos en jarras, me decía: “¿Cómo es posible que no te estés corriendo todo el rato teniendo algo así en la cama?”, y se señalaba el cuerpo con las manos. A mí me entraba la risa; pero me cuidaba mucho de que no se me notase, porque ella se tomaba muy en serio lo que decía.

Me impresionó muchísimo su primer mensaje, y ya entonces fui consciente de que estaba frente a alguien especial: “Muchas gracias por tu mensaje. Agradezco mucho tus amables palabras y que tengas el buen gusto de hablarme con educación, de escribir sin faltas de ortografía y usando muy correctamente los signos de puntuación. Yo también tengo un C.I. de tres cifras, y la segunda cifra no es un “uno”. Creo que podemos tener una conversación interesante. Te dejo mi teléfono”.

Era jueves. No tuve que hacer ningún esfuerzo para reconocerla entre todas las personas que estaban sentadas en la terraza de aquel bar. Brillaba con luz propia.

El sábado, llevaba ya un buen rato dándole vueltas a si debía llamarla o no, cuando me llegó un mensaje invitándome a cenar en su casa, un dúplex muy *fashion* en uno de estos sitios a las afueras de la ciudad. Además de sus tacones, me impresionó mucho el orden y el buen gusto de todos los detalles de la casa y la mesa que había puesto en la terraza. Con velitas.

Después de la cena, nos quedamos charlando y terminando la segunda botella de vino. En un momento dado “me pidió permiso” para quitarse los zapatos. “Puedo darte un masaje, si te duelen los pies”, le dije, “Tengo formación. Y, después de la cena que has preparado, es lo menos que puedo hacer”.

Para mi sorpresa, dijo: “Sí. Pero, entonces, tenemos que pasar a la habitación, porque aquí estamos muy a la vista y no me sentiría cómoda”. ¿”Muy a la vista”?, pensé yo; pero, si estamos en el último piso y no hay nadie a la vista. Pero, bueno, tampoco pasa nada.

Pasamos a su habitación. “Espera un momento”, me dijo. “Voy a ponerme cómoda”. Demasiadas complicaciones para un simple masaje en los pies, pensé yo. Pero, bueno, tampoco pasa nada.

Se metió en el cuarto de baño, y salió, al cabo de un rato, con un frasquito de aceites aromáticos... y con un conjunto de pantaloncitos cortos y blusa que me dejó sin aliento.

Esta flor es demasiado complicada, pensé yo, acordándome de la rosa de *El Principito*. Ni se me pasaba por la cabeza que pudiera haber ningún propósito en todo aquello. “Ponte cómodo”, me dijo ella. “Quítate los zapatos, si quieres”. “No, gracias”, le dije, “Estoy bien. De verdad”.

Se tumbó cuan larga era en la cama, boca abajo. Yo cogí el aceite y me dediqué a sus pies. Sí, es cierto, SÉ dar masajes, y aquel iba a ser uno más. Me había fijado en sus zapatos y sabía dónde debía tocar y cómo. Sabía que tenía cargados los tobillos, las pantorrillas, las rodillas y parte de los muslos, y las caderas. Creo, sinceramente, que hice un buen trabajo.

Como se había quedado quieta y con los ojos cerrados, pensé que se había quedado dormida, o estaba a punto. Además, la hora, el vino...

Me acerqué y le susurré al oído: “No te preocupes. Sé dónde está la salida. Gracias por la cena, y por dejarme hacer algo por ti. Que pases buena noche. Ya nos llamaremos”. Sin moverse, sin cambiar de postura, sin abrir los ojos, me dijo: “No, por favor. Tengo un poquito cargada la espalda, también. ¿Te importaría?”.

Estoy acostumbrado. Siempre me piden un bis. Bueno, podía subir un poco su blusa y dedicarle unos minutos a sus lumbares, tampoco pasaba nada; pero, entonces, para mi sorpresa, se incorporó y se quitó la blusa.

Sus pechos eran de piedra, sus nalgas y sus piernas, pero yo no. En ese

momento, me cayó encima todo el agobio, de golpe. Sentí un enorme cansancio y unas ganas terribles de morirme allí mismo y ya mismo. Me alegré de llevar vaqueros, porque me vino una violentísima erección. Qué vergüenza. Me quería morir.

Como pude, de la manera más idiota posible, con gallos incluidos, le dije: “Te tienes que tumbar”. “Ponte cómodo”, me dijo ella. “Yo estoy casi desnuda, y tú sigues con la ropa puesta”. “No, estoy bien. De verdad”, le dije como pude, mientras ella recolocaba la almohada y se volvía a tumbar. Noté cómo empezaban a salir los fluidos por abajo.

Aparté como pude aquellos pensamientos y me centré en su espalda. Qué bonita era, por favor. De verdad, si alguna vez había sido una mala persona, estaba pagando por ello. Con intereses.

Le localicé nudos en la nuca, los trapecios, los romboides y en la zona lumbar. Ciertamente, tenía la espalda hecha ciscos. Me dediqué a ello, empezando por la nuca y bajando. Fui deshaciendo los nudos. Cuando llegué a la zona lumbar, tuve que bajarle un poco los pantaloncitos.

Estaba con el aceite en las manos cuando ella se volvió a incorporar. Estando como estaba, inclinado hacia ella, sus pechos se quedaron a un palmo de mis narices. Noté un calor intenso en la cara. Me aparté y, con toda la dignidad que pude, la miré a los ojos con el rostro en llamas. Ella sonrió, satisfecha con el resultado, supongo; se quitó los pantaloncitos y se quedó con unas braguitas minúsculas. De encaje, como no podía ser menos. Y se volvió a tumbar.

Yo quería bajar a la calle y pegarme con alguien. Algo se me estaba desmoronando dentro y solo sentía desesperación. Idiota, como estaba, ni se me ocurrió pensar que me estaban tomando el pelo, que estaban jugando conmigo; ni se me ocurrió pensar que hubiese podido haber intenciones ocultas en todo aquello. La culpa de estar desencajado era totalmente mía, por no saber tomarme las cosas de otra manera... algo más... “constructiva”.

Inmerso en estos sombríos pensamientos, con una erección tremenda y los calzoncillos encharcados, continué con el masaje.

Terminé de aplicar el aceite, y con los últimos nudos en ese lugar donde, un poco más abajo, empezaba unos de los culos más bonitos que había tenido ocasión de contemplar jamás.

Y es que no podía no mirarlo, caramba; es que estaba allí, le estaba masajeando justo encima, a dos dedos de mis dedos, y aquellas malditas bragas eran muy monas, pero lo dejaban todo a la vista, maldita sea, dos nalgas rotundas y pétreas a más no poder. Me estaba poniendo enfermo.

Di un último repaso a la espalda, las piernas, los tobillos y los pies. “Ya está”, suspiré aliviado... ¿Aliviado? ¿Me estaba tomando el pelo?

“Creo que ya está”, le dije. “No hace falta que me acompañes a la puerta. Que descanses. Y gracias, otra vez, por la cena”, y me puse de pie.

Se volvió a incorporar, aparentemente muy divertida por la situación, pero haciendo como que se enfadaba: “No, mira, esto no puede ser. Yo estoy aquí casi desnuda y tú sigues con la ropa puesta. Tienes que quitarte los pantalones y los zapatos, por lo menos”.

“Pero, si ya he terminado”, le dije de la forma más idiota posible. Hasta a mí me lo pareció. “Ya estás bien. No hace falta seguir tocando”, le dije. “Seguir tocando”, pensé, maldita sea, te has destapado tú solo, se te ven las intenciones, idiota.

Le costaba aguantar la risa. Desde luego, yo estaba tan azorado que debía de ser todo un espectáculo. “Pues, me das un repaso”, me dijo. “A ver”, y empezó a quitarme el cinturón, debajo del cual, en la posición en la que estaba, la erección era más que evidente. ¡Qué vergüenza!, y consiguió abrirme el cinturón.

Cuando se aplicó a desabotonarme los pantalones, un fogonazo me pasó por el cerebro. “¿Y si...?” Sentí, más que pensé. A mí, a esas alturas, lo único que me apetecía era irme a mi casa, tener un ataque al corazón y meterme en la cama hasta el día siguiente, pero...

“Espera”, le dije, recuperando un poco de dignidad. Me senté en la cama, me quité los zapatos, los calcetines; me terminé de desabotonar los

pantalones, me los quité; me quité la camisa, y me quedé en camiseta y calzoncillos, con un bulto enorme allí abajo, y una mancha sonora justo en el centro. Ya estaba hecho.

Me quedé allí, a su lado, sintiendo que me ardía la cara. Su tono de voz cambió. Se volvió más cálido. “Esto también”, me dijo, mientras me ayudaba a quitarme la camiseta. Acto seguido, se hizo a un lado, se quitó las braguitas y se recostó en la cama todo lo larga que era, y me embistió con la explosión atómica de su desnudez insoportable.

Estaba a punto de soltar aguas, solo por la situación que estábamos viviendo. Me acosté, levanté el culo y me quité los calzoncillos. Aquello se movió como un resorte, dejando babas debajo del ombligo y entre las piernas. A ella le entró la risa, pero ya estaba bien de tanta tortura. Era inhumano. Creo que en ese momento tuvo, al fin, algo de misericordia.

Nos pusimos de costado, acercándonos, buscando el contacto, y esta vez fue su ombligo el que se llenó de babas. “Quiero que me la metas”, me dijo. No. Esta vez no. Ahora me tocaba a mí marcar los tempos. Demasiada tortura había padecido ya. Y, además, estaba a punto.

Nos besamos largamente. Nos acariciamos. Tuve que frenarle la mano, porque ninguno de los dos quería fuegos artificiales nada más comenzar la función.

Esta vez, fui yo. Me dediqué a explorarla como llevaba toda una vida, en dos horas, deseándolo. Me regodeé en sus pechos, su espalda, esas nalgas de piedra, sus piernas. Llegué a exasperarla con tanto deseo.

Ella besaba con toda la boca y era plenamente consciente del efecto que causaba en los hombres. Manejaba cada parte de su cuerpo con una precisión de cirujano. Sabía cómo acercarse con los pechos en avanzadilla, con unos pezones que arrancaban la piel de tan duros como estaban; sabía cómo abrazar y hundir los dedos en el pelo; cómo echar el muslo encima y hacer notar el horno incandescente que tenía entre las piernas. Era una perfeccionista.

Esa primera sesión duró, todavía, un par de horas más, donde nos

exacerbamos los dos, nos encontramos los dos y nos regamos los dos con los jugos que llevábamos tiempo buscándonos.

Nos quedamos dormidos abrazados, sintiéndonos los golpes en los pechos y respirando todavía entrecortadamente.

Con el trinar de los pájaros, me desperté y me quedé un rato contemplándola mientras dormía. Quería grabarla a fuego en mi memoria, durmiendo como una niña grande, acurrucadita cogiendo la sábana con las manos. Conservo esa foto.

Ya en mi casa, debajo de la ducha, seguía resonando como un gong. Era todo tan increíble, tan tanto de todo. ¿Me habían utilizado, por no tener a mano nada mejor? ¿Había sido un mero objeto para masturbarse en una noche sin posibles? ¿Era solo el recalentón de una noche? ¿Iba a volver a verla? ¿Podía ser posible? ¿No estaba disparando demasiado alto? “Alto”. Y me reí recordando sus tacones. Me hice gracia.

Me daba cuenta de que, por primera vez en mucho, mucho tiempo, me estaba haciendo preguntas con vistas a un horizonte más allá de una mera experiencia física de una sola noche. Me sorprendió este pensamiento, porque me vi interrogándome con vistas a un futuro. ¿Cuándo había sido la última vez? ¿De verdad, iba ya a poder? ¿Estaba ya funcionando o, al menos, empezando a ponerse a funcionar la maquinaria interior?

Salí de la ducha sumido en profundas reflexiones, con todas las dudas martilleándome la cabeza y mil mariposas revoloteando en mi barriga. Entonces, sonó el “bip-bip”. Mi vida cobró sentido, y muy en el interior sentí el incipiente calor de un sol naciente; y creo que, en algo, recuperé la alegría y las ganas de vivir:

“Me debo de estar volviendo loca; pero, sinceramente, me apetece pasar el día contigo, comer, beber y volver a tenerte dentro. Mañana ya es lunes”.

Y, debajo de todo, ponía un beso y un rojo corazón.

9. Sasha.

Se habla mucho de los vikingos como excelentes navegantes, pero lo cierto es que prácticamente se limitaban a ir bordeando costas. Así, bordearon toda Europa, desde la península de Kola, al norte de Rusia, en el Mar Blanco, pasando por el Mar Mediterráneo, hasta el interior del Mar Negro y del Mar Caspio, bordeando Asia Central.

Con un par de excepciones.

La primera, cuando se atrevieron a meterse mar adentro en el Océano Atlántico, llegando a establecer colonias en Islandia, Groenlandia y la isla de Terranova, en el extremo nororiental de Canadá, donde se conservan vestigios de estos asentamientos, declarados “Patrimonio de la Humanidad” por la UNESCO.

La segunda, en sus incursiones tierra adentro desde el Mar Báltico buscando el Mar Negro y el Mar Caspio, y viceversa. En estas excursiones fundaron asentamientos. Se dice que, en sus orígenes, Moscú era uno de estos asentamientos. En alguna parte he leído, además, que uno de los posibles orígenes de la palabra “Moscú” tiene que ver con vocablos vikingos. De hecho, les llamaban los “Rus” y en alguna revista he leído que les atribuyen la paternidad de lo que después sería Rusia.

Vengo a decir todo esto porque sí, es verdad que siento debilidad por las hijas de la “Madre Rusia”. Pecando de una generalización muy personal, me atrevo a decir que, además de muy bellas, son terriblemente sensuales y sexys; y suelen tener mucho respeto por cuestiones tradicionales y un fuerte sentido de las relaciones de familia.

Otra cosa que me ha llamado siempre la atención, es esa aparente

mansedumbre y esa delicadeza, debajo de las cuales suelen ocultar la fiereza propia de sus antepasados vikingos. Algo a tener muy en cuenta.

“Sasha”, es un diminutivo que se aplica en Rusia a los que se llaman “Alexander” o “Alexandra”; no tiene que ver con el sexo de la persona, es una expresión de cariño. Uno de los significados que se le atribuyen es “aquel que viene a salvar a los guerreros”.

Sasha tenía todos estos atributos y presumía, además, de ser descendiente de reyes de remotas regiones en las montañas del Cáucaso. Marcó un hito en mi vida. Fue como un trampolín que me impulsó. La recuerdo a contraluz en su terraza, diciéndome precisamente esto, “O, en realidad, lo que estoy haciendo es preparándote para la que tenga que venir después. Así, todo mi esfuerzo es en vano. No lo voy a disfrutar yo”.

Lo decía ya en los últimos días de la relación, cuando aquello empezaba a naufragar. De alguna manera, en un momento dado, simplemente se rindió y se dejó arrastrar por la corriente; y me dejó solo y triste, pero, según decía ella, con los aparejos necesarios y suficientes para alcanzar mi siguiente etapa en el camino; aunque, para mí, era ella la única etapa y el único camino que deseaba alcanzar. “Su voz, su cuerpo claro, sus ojos infinitos”, decía Neruda.

Nos vimos por primera vez en un parque inmenso, con lago artificial y barquitos que transportaban niños felices y adultos más niños y más felices aún. Al día siguiente salía de viaje al otro lado del mundo, pero accedió a tomarse ese café conmigo porque iba a estar fuera todo el mes, “y Dios sabe dónde vamos a estar tú y yo dentro de un mes”, me dijo.

No me llamó especialmente la atención, así a primera vista. Una chica exótica de un lugar exótico. Iba a ser un cafecito rápido de una horita, pero nos pilló la noche, y tuvimos que despedirnos con urgencia ya pasada la hora de la cena.

Era muy directa en el trato, y a veces resultaba un poco dura porque, aparte de que no dominaba todavía los matices propios del idioma, no le iba eso de doblegarse a convencionalismos, ni condicionar su existencia por cumplir con lo “políticamente correcto”.

A los diez minutos de estar dando nuestro paseo, ya me preguntó: “¿Y tú, por qué estás triste?”. La charla era amena y divertida, ¿de dónde sacaba aquello? No obstante, sirvió para dejar de lado toda la cháchara intrascendente de este tipo de citas y pasamos directamente a la conversación íntima. Muy íntima.

Cuando, por fin, nos despedimos, yo iba borracho de ella, de sus risas, de sus miradas pícaras, de su rica vida personal, de sus anécdotas, de sus infidencias, de sus aptitudes multiorgásmicas, según dijo; de su cuerpo menudo, de su olor y de sus genes de reyes de remotas regiones. La encontraba bella y muy deseable...

Dos días después, recibí un mensaje suyo desde el otro lado del mundo: “Hemos llegado, al fin. El viaje muy cansado. Vamos a descansar el resto del día y mañana empezamos ya con los entrenamientos. Que tengas un buen día. Y no estés triste. Busca con quien hablar. Besos”.

Para mi sorpresa, me mandaba mensajes de vez en cuando, con alguna foto, y me iba contando sus experiencias. Nos manteníamos en contacto. Un mes más tarde, me escribió: “Ya estamos de vuelta. Por fin en casa. Necesito descansar. ¿Y tú, cómo estás?”. Yo estaba contando los días, y loco por volver a verla.

La llamé al día siguiente, viernes, y la invité a pasar el fin de semana en la playa. “Oye, acabo de hacer un viaje de once mil kilómetros. De verdad, tus cien kilómetros me parecen demasiados. Si me mandarás una alfombra mágica, me subiría en ella y que me llevara; pero, de verdad, no me apetece coger ni tren, ni avión, ni autobús ni nada. Lo siento”.

Así que cogí el coche, y me tragué casi trescientos kilómetros para ir a recogerla. “Ya está aquí tu alfombra mágica”, le dije. Bajó muerta de risa, con una bolsa hecha corriendo, con lo justo para pasar el fin de semana y no preocuparse por nada. Yo me iba a encargar de todo.

- ¡Que lo tengo todo arrugado!
- Yo tengo plancha y plancho muy bien.
- ¡Que no he comprado nada de comida!
- Hay comida en casa.

- ¡Que no he comprado ni una botella de vino!
- Hay vino en casa.
- ¡Por favor! ¡Qué loco! ¿Tantas ganas tienes de verme?
- Sí.

Se arremolinó en el asiento del copiloto, como un gato, y me miró pensativa. “Has dicho que vas a cocinar, a planchar y a hacer tú la compra”, dijo. “Eso mismo”, le respondí yo. Se quedó un rato pensativa, mirando por la ventana, mientras yo aguardaba con la mano en la llave sin darle todavía al contacto. Entonces, se giró, me clavó sus ojos, como dos soles, y me preguntó “¿De verdad crees que va a valer la pena?”. “No me cabe ninguna duda”, le respondí. Sonrió. Nos pusimos en marcha.

Sasha fue todo un descubrimiento. Volvió bella de su viaje, cargada de energías positivas y una sensibilidad desbordante que se podía tocar con los dedos. Lo absorbía todo, como una esponja, y siempre tenía un pensamiento de sosiego que transmitir. Era como un bálsamo. Todo le hacía gracia, todo le parecía bien, disfrutaba de cualquier cosa y agradecía sinceramente cada detalle. Era un auténtico placer.

Por la noche, después de la cena, retomamos nuestra conversación de antes de su viaje. Había luna llena y el cielo estaba plagado de estrellas. Frente a mí, Sasha disfrutaba el champán, que acompañábamos de caviar auténtico de esturiones felices del Mar Caspio, regalo de ella. Había también cigarritos “especiales”, que había preparado para la ocasión.

Todo se conjugaba. Y allí, a la luz de la luna, su piel blanquísima parecía de puro marfil. Se había puesto un vestido de tonos anaranjados, que resaltaba sus formas aún más. Y todos los deditos de sus manos y pies sellados con pintura roja. Su pelo cobrizo, a media melena, hacía el cuadro absolutamente insoportable. Con una copa de buen champán en una mano, con un cigarrito “especial” en la otra y tirando el humo hacia el cielo.

En un momento dado, se quitó los zapatos y subió los pies al banco en el que estábamos sentados. Dos pececitos blancos con deditos rojos se acercaron a mí. Cogí la oportunidad al vuelo. “¿Puedo?”, le dije y le cogí los pies sin dejar de contar lo que estaba contando, sin esperar su respuesta y sin darle la más mínima importancia al gesto.

Ocurrió algo, insólito y mágico a la vez: Sasha apartó la copa de su cara y me miró con una intensidad y una perversidad que me atravesaron de lado a lado. Nunca había observado nada ni remotamente parecido en ella. Yo fingí no darme cuenta del gesto y ella no dijo nada, pero volvió con la copa a su boca, y una sonrisa de lo más perversa se dibujó en sus rojos labios, sin dejar de mirarme. Y no retiró los pies.

Una lucecita inició destellos dentro de mí, y yo empecé a cuadrar cosas de esa “ajetreada vida sentimental” que me había contado con tanto detalle, a creérmelas, porque hasta ese momento yo tenía mis dudas. Mi Sasha era una auténtica *Matrioshka*, esas muñecas rusas que van unas dentro de otras. Apenas había conocido la primera capa; ahora estaba empezando a vislumbrar la segunda, y tenía la urgente necesidad de saber cuántas muñecas más iban a salir... y cómo eran.

Mis dedos se pusieron en marcha, apretando en los puntos clave. Al poco tiempo, relajó las piernas y me colocó los pies en el regazo. Tan inesperadamente que no pude evitar que rozaran la erección que estaba a punto de explotarme en los pantalones.

Apenas di un respingo. Me disculpé, hice más cómoda la postura, y seguí con el masaje, sin haber interrumpido para nada la charla; ambos fingiendo ignorar los juegos de manos por debajo de la mesa. Me acercó la copa y me dijo: “¿Me pones un poco más?”.

El masaje se convirtió en suaves caricias, apenas tocando con la yema de los dedos, por el empeine de los pies, luego subiendo a los tobillos, luego a las pantorrillas. Se recostaba en el banco y echaba la cabeza hacia atrás, mientras seguía bebiendo y fumando, y cerraba los ojos, sin perder el hilo de la charla. Tenía las piernas muy bonitas, y toda ella exhalaba un olor de otro mundo.

En un momento dado, dijo: “Tengo frío”. Con toda la tristeza del mundo, le pregunté: “¿Quieres que entremos ya?”. Me dijo que sí. Ya dentro, a los pies de la cama, ronroneó: “¿Quieres que nos quedemos aquí?”. Se pegó a mí. Ardía. Levantó la cara, con los labios entreabiertos, y cerró los ojos. La besé. Se deslizaban gotas de miel hasta la mitad de sus muslos.

Nos desnudamos allí mismo, de pie, comiéndonos a besos y acariciándonos con desesperación, derritiéndonos por abajo y haciéndonos daño con los dientes por la urgencia con que nos besábamos. Allí mismo tuvo su primer orgasmo. En los cien minutos siguientes, le conté once más.

Caímos en la cama. No hablábamos. No podíamos parar de besarnos y de acariciarnos con fruición. Nada más penetrar en ella, le vino el segundo, yo me sentí transportado al infinito por la presión de su vagina. Cerca de las cuatro de la mañana, paramos por fin. Las sábanas estaban mojadas, sudábamos copiosamente.

Me incorporé en la cama, y me quedé de rodillas mirándola. En la penumbra, la luz de la luna entraba a raudales por la puerta de la terraza. Yo tenía delante de mí el increíble espectáculo de una mujer increíblemente bella. Bella. Empecé a acariciarme el miembro, y ella vino hacia mí con la boca abierta. No pude aguantar más. Cuando vino, lo cogió con su boca y chupó, y chupó. Lo tragó todo y siguió. Y siguió.

Me acosté a su lado, nos abrazamos con los corazones latiendo ruidosamente y nos quedamos dormidos. Fue una noche mágica. Todos nuestros encuentros fueron así.

A partir de allí, las cosas se precipitaron. Sasha fue sacando una a una, y mostrándomelas, las muñecas que llevaba dentro, todas y cada una de ellas a cual más fascinante.

Tenía la insólita habilidad de engullir hasta más allá de la garganta, lo que en determinados momentos era enloquecedor. Y luego estaban la pasión y el entusiasmo con que se entregaba a los encantos de Sodoma, donde también era algo absolutamente imposible de explicar tan solo con palabras.

Otro día, en una concurrida playa donde se escuchaban todos los idiomas de Europa, tumbados en la arena, ella boca abajo piel con piel junto a mí, me susurró al oído: “Estoy muy caliente”. Mi mano fue un pecesito que se deslizó por debajo de su cuerpo, entró en sus braguitas y empezó a mover los dedos. Su miel empezó a brotar. Su respuesta era siempre inmediata. Cuando sentí que apretaba los muslos y presionaba discretamente su pubis contra la mano que la hacía volar, aceleré los movimientos de los dedos, hasta que

sentí los estertores de su placer. Un largo suspiro. Se recompuso, giró su cara y me regaló con el espectáculo de sus mejillas arreboladas y su sonrisa hermosa de bellos labios rojos.

Guardo grabada a fuego esa imagen en mi memoria, y en lo más profundo de mi corazón.

10. Marie.

Estando las cosas tan difíciles como estaban, cada vez se hizo más perentorio mirar hacia el exterior, ir a buscar clientes, proyectos, trabajos, en el extranjero. También estaban las empresas de fuera con sede en el país, que buscaban profesionales con dominio del Inglés, sobre todo.

A mis veinte años había sido prácticamente bilingüe español-inglés, lo que había completado con estudios del francés por insistencia de mi abuelo materno, que había estudiado en La Sorbona y estaba emperrado con que tenía que aprender la lengua de Molière y de Víctor Hugo, a los que él adoraba; y tenía que conocer París y recorrer los barrios y vericuetos por donde él mismo había pasado su juventud para siempre.

Además de los ligues (¿en qué más se piensa con veinte años?), mis conocimientos de idiomas me vinieron muy bien durante la carrera, donde casi toda la bibliografía era en inglés, y algo de francés; pero, así como podía tragarme sin problemas ladrillos enteros de proyectos de Ingeniería, cada vez me costaba más mantener una conversación “de calle” en cualquiera de los dos idiomas, que iba perdiendo por falta de uso.

No me valían los programas de las academias, dado que yo tenía unas necesidades muy específicas, a saber: conseguir soltura y fluidez en conversaciones, mayormente por teléfono, sobre proyectos de ingeniería, con empresas del ramo. Alguien me recomendó una profesora “muy buena” que dominaba ambos idiomas y que tenía mucha experiencia internacional.

La llamé. Le expliqué por encima lo que quería y quedamos en vernos esa noche en un local donde solo servían vino, té y café, en plan *delicatessen*, cerca de uno de los sitios donde ella trabajaba.

Desde el primer momento, a mí me fascinó aquella mujer. Hablaba, leía y escribía, perfectamente, en seis idiomas. Muy a su pesar, presumiendo de ser una persona *fully open-minded*, era extremadamente cartesiana, como no podía ser menos en una súbdita natural de Francia, y tenía una cultura riquísima, que era una amalgama de todas las culturas de todos los países en los que había vivido o pasado largas temporadas.

Así, por nuestra conversación pasaron las catas de quesos, vinos y champañas; la inmensa variedad de formas de preparar La Pasta, así, en mayúsculas; algunas excentricidades culinarias germanas, y, sobre todo, las excelencias de la vida en Londres. Marie adoraba todo lo que tuviera que ver con Inglaterra, se sentía más inglesa que francesa; el noventa por ciento de lo que leía, comía, bebía, respiraba, era inglés.

A los dieciocho años y un día, “con un par”, se largó de casa y se fue a Londres. Sin el beneplácito ni la ayuda de sus padres, horrorizados ante semejante ignominia. Con el mismo par, consiguió cursar estudios universitarios en Londres, no en el cupo de los extranjeros, sino en el grupo de los *british* de pura cepa, con el mismo plan de estudios y las mismas exigencias académicas y de idiomas que se aplicaban a los nativos hijos de la Gran Bretaña.

Con todo ello, nos dieron las doce de la noche, y dado que esta mujer empezaba su jornada a las ocho de la mañana, y que ya estábamos a jueves, me rogó si podíamos seguir la conversación otro día. Sobre todo, teniendo en cuenta que no habíamos hablado todavía ni una sola palabra de aquello para lo cual habíamos quedado esa noche. La acompañé a su casa y quedamos para el martes siguiente.

Ese fin de semana fui a bucear. En la Zodiac volando por encima de las olas, con submarinistas musculados, de gimnasio y vida sana, la dichosa Marie iba martilleándome el cerebro. Echamos el ancla en uno de los muchos parajes hermosos de la zona. El mar color turquesa, los fondos tapizados de praderas de posidonias, con multitud de peces, pulpos, sepias y algún que otro caballito de mar. Hice una foto y se la mandé a Marie, sugiriendo la posibilidad de hacer una visita al lugar. Me respondió, camino de Aviñón, que tenía un compromiso ineludible para ese fin de semana.

El martes, por fin, nos volvimos a ver. En el mismo lugar. Esta vez, antes que nada, le comenté lo que buscaba, le pareció bien y acordamos un plan de trabajo. Hecho esto, nuestra conversación siguió y volvió por donde la habíamos dejado el día anterior. Era una delicia conversar con esta mujer. Hablando de gastronomía, acordamos un reto: cocinar una cena cada uno, a elegir de entre nuestro amplio repertorio culinario.

La primera cena, por sorteo, le tocó a ella. Me gustó mucho la casa de Marie. Era una vivienda antigua, reformada, con toques modernos, pero conservando su espíritu original. Era de habitaciones amplias y techos altos, con unos ventanales casi hasta el techo por donde entraban a raudales la tarde y la noche de la ciudad. Todo estaba ordenado y limpio, y por todas partes, en cada mueble, en cada adorno, en cada habitación, podía percibirse una multitud de detalles que denotaban un gran cariño. Era una casa luminosa y hecha con amor.

Marie preparó una cena vegetariana. Exquisita, como era de esperar. Pero lo mejor vino con los vinos: un Burdeos del 2005 que hacía entrar en éxtasis con el primer olor, nada más descorchar la botella, y que era capaz de hacer levitar veinte centímetros por encima del suelo, silla incluida, al primer sorbo.

Después de la cena, pasamos al sofá. Después de la conversación “generalista”, empezamos con la conversación “personal”. Y ya íbamos por la segunda botella. Marie resultó ser una mujer rica en experiencias y anécdotas, muchas de ellas vividas en multitud de viajes por media Europa.

Ya con el vino, pasaba del español al inglés, del inglés al francés, de éste al alemán, y del alemán al italiano, y seguía. Me costaba horrores seguirla, con mi muy limitado repertorio de idiomas. Pero era muy graciosa, amena, frenética a ratos, gesticulando como una “mamma” italiana para dar énfasis a sus palabras. Era curioso cómo iba adoptando una personalidad u otra, con sus matices de conducta, poses y tics, según era el idioma que utilizaba.

Al calor de la conversación, se quitó los zapatos, se reacomodó en el sofá y metió los deditos de sus pies debajo de mis muslos. Las alarmas se dispararon. Y yo recordé otra noche, en otro tiempo... no muy lejano. Fin de la segunda botella.

Tengo un problema con el alcohol. Puedo aguantar mucho, sin llegar a emborracharme. Entro en ese estado de embriaguez en el que ya flotas y donde no existe ningún dolor que te pueda alcanzar ni hacerte daño; sé parar cuando toca, y no paso la raya... Pero, hay un punto a partir del cual no recuerdo cosas.

No recuerdo muy bien de qué hablábamos en ese instante, ni cómo ocurrió, ni por qué; pero sí recuerdo que, en un momento dado, dejé la copa en la mesita, me incorporé, me acerqué a Marie y la besé. No recuerdo más.

Salvo que me desperté en su cama. Desnudo. Ya era de día y Marie se estaba vistiendo de forma bastante atolondrada. Me dijo que tenía que salir y me rogó que bajara con ella. Bajamos juntos a la calle, sin hablar. Apenas me dejó darle medio abrazo y un beso furtivo. Se apartó de mí, me miró como se mira a un extraño y me dijo: “Bueno, ya nos veremos”.

Me quedé allí, con una bien definida sensación de tristeza en el pecho, mirándola cruzar la calle. Huía.

Mensaje de correo electrónico enviado:

“Mi querida Marie:

Me alegra mucho que haya ocurrido lo de anoche. No estaba previsto, pero me alegra que haya ocurrido. No tengo una idea muy precisa de cómo llegamos hasta allí. Espero no haber dicho ni hecho nada que te haya importunado. Me ha gustado mucho tu casa, tu vino, tu cena, tu cama... toda la velada en general.

He encontrado tus bragas. Se han venido DENTRO de mis pantalones. Te recuerdo que me he vestido a oscuras, y tus bragas son negras. Es de chiste, pero si hubiese tenido pareja, habría estado en una situación muy comprometida quitándome los pantalones y tus bragas cayendo al suelo. ;-)

No, no te las voy a devolver. Habiendo ocurrido lo que ha ocurrido, son algo muy especial para mí y deseo sinceramente conservarlas; sobre todo, habiendo venido de polizón en mis pantalones. :-))

Te he notado muy tensa y muy inquieta toda la noche. Seguramente tú tampoco has dormido mucho. Yo lo estoy notando y supongo que a ti también te debe estar afectando la falta de sueño. Habría estado bien que pasásemos parte de la mañana juntos. Lo de irte con tanta prisa, ha sido

una huida. Lo sabes, ¿verdad? Insisto: ¿Hice o dije algo que te haya ofendido?

¿Qué va a pasar ahora? ¿Me vas a borrar de tu WhatsApp? A mí me gustaría que volviese a ocurrir; pero de otra manera, que te resultase agradable, que estuvieses relajada, que no te hiciese pasar mala noche, salir corriendo por la mañana; y que desearas volver a verme, como yo deseo volver a verte a ti. Quizás lo de esta noche ha sido muy accidentado y, seguramente, nos ha pillado por sorpresa a los dos.

Me gustaría que hablásemos de ello. Me caes muy bien, valoro en mucho tu compañía y me apenaría mucho que esto nos alejase.

Cuando tengas un ratito, ¿me pegas un toque, y charlamos? Que tengas un buen día y que tu trabajo te salga genial.

Te abrazo y te beso con mucho cariño”.

Mensaje de WhatsApp recibido:

“Hola. Gracias por tu correo. Lo acabo de leer. Luego te contestaré con más tranquilidad. No he podido hacer nada esta mañana, por estar cansada y confusa. Mira que me alegro de que hayas encontrado mi objeto perdido, que lo he estado buscando, y me alegraría aún más que me lo devolvieses. Que tengas una buena tarde”.

Mensaje de WhatsApp enviado:

“Puedo pasar a recogerte a la salida del trabajo, si quieres, y acercarte a casa. Te puedo dejar allí, y seguir camino. Si te parece bien, me avisas”.

Mensaje de WhatsApp recibido:

“Vale. Gracias”.

Fin de los mensajes.

Esa noche, pasé a recoger a Marie a la salida de su trabajo. No sabía lo que me iba a encontrar. Cualquier hipótesis era posible. Pero no me parecía bien dejar así las cosas.

Llegué un poco antes de que saliera y esperé donde habíamos acordado. La vi salir de la empresa, mirar hacia adelante y descubrirme en la esquina. La vi mirar al suelo y hacer así todo el camino. Cuando estuvimos ya a un solo paso... Marie seguía mirando al suelo. Yo, sin atreverme a tocarla siquiera,

levanté los brazos y me quedé esperando. Ella titubeó un poco, todavía. Sin levantar la mirada del suelo, dio un paso adelante y hundió su cara en mi cuello. Yo la abracé. Ninguno de los dos dijo una palabra. No hacía falta.

Diario de Marie:

“... entonces, puse mis pies debajo de sus muslos. Él no dijo nada. Simplemente sonrió, y yo sentí que todo aquello era muy agradable. Lo vi dejar su copa en la mesita, sin dejar de sonreír, y se inclinó hacia mí y me besó. Empezamos a besarnos. Era de esa clase de besos que quisieras que durasen para siempre.

El problema es que no duraron para siempre. Todo pasó muy de prisa y se nos fue de las manos. Pronto, muy pronto, me di cuenta con horror de que me había desnudado y me estaba quitando las bragas. Yo estaba muy excitada, por cómo estaban ocurriendo las cosas; pero, aun así, hice ademán de volver a ponerme las bragas, en un vano intento de poner freno y reconducir la situación.

Pero era incapaz de controlar mi deseo. Estaba muy caliente, y finalmente cedí a mis deseos, que eran también los suyos; y ya solo quería dejar que ocurriese lo que tenía que ocurrir.

De pronto, algo pasó que me hizo despertar de mi ensueño y darme cuenta de lo lejos que habíamos llegado, y que aquello no podía seguir adelante: Sin querer, empujó la mesita y una de las copas se cayó al suelo y se rompió, proyectando el vino que aún quedaba por todas partes.

Dado el estado en el que estábamos, le dije que lo mejor era que se quedara a dormir en el sofá. Ya mañana podría coger el coche con seguridad. Dijo que bien. Pero me supo mal dejarlo allí en el sofá. Al fin y al cabo, se había comportado con educación y la noche había sido bastante agradable para los dos. Así que le dije que, si lo prefería, podía quedarse en mi cama. Volvió a decir que bien y lo acompañé a la habitación. Yo regresé al salón a limpiar el desastre que habíamos dejado.

Ya más calmada, terminé de limpiar y recogerlo todo, y me metí en el cuarto de baño para asearme antes de irme a la cama. Estaba pensando que ya se habría dormido y que no iba a notar si me metía en la cama con él; o quizás era mejor idea pasar la noche en otra habitación. Tan ensimismada estaba que no lo sentí llegar.

Me sobresalté al verlo en el quicio de la puerta, pidiéndome por favor que me fuera ya a la cama, y mirándome con una intensidad en los ojos que me hizo temblar las rodillas. Era como un imán. Así que lo seguí a mi habitación y me metí en la cama con él, sin que aquello me resultara, para nada, incómodo ni desagradable.

No llevábamos ni dos segundos en la cama, cuando se subió encima de mí y empezó a besarme de nuevo, a la vez que deslizaba su miembro en mi interior. Estaba tan mojada y tan caliente por todo lo que había pasado apenas unos minutos antes, que sentir su pene dentro me produjo un inmenso placer. Finalmente, lo estábamos haciendo.

Íbamos cambiando de una postura a otra, y yo sentía cómo lo iba siguiendo en sus movimientos y como aquello iba haciendo crecer más y más mi propio placer. Cuando, por fin, me puso a lo perrita, sentí que la Navidad había llegado antes de tiempo. Me vine en seguida. Él se vino unos instantes después, regando su semen por mi espalda.

No recuerdo nada más. A la mañana siguiente, cuando me desperté y me vi con él en la cama, me entró el pánico”.

Diario de Marie. Fin.

EPÍLOGO

Aún hoy me sigue pidiendo que le devuelva sus bragas, que han terminado llamándose “Daisy” y que siguen estando en mi cajón, porque mi historia de amor con Daisy es de esas que duran toda la vida.

Aún hoy me sigue chinchando con detalles que, desgraciadamente, no recuerdo de aquella noche. Lo cierto es que es una cuestión de orgullo personal, pienso yo. Dice que lo mío no es normal, que ella es una mujer “inolvidable” para cualquiera que tenga, o haya tenido, la fortuna de haberla conocido en grado “íntimo”. En fin.

Marie no es la más bella, pero es una mujer con clase, de una cultura muy amplia, que hace que la convivencia con ella sea una aventura de todos los días. Es divertida, siempre con una sonrisa en la cara, y siempre con el lado bueno de las cosas por delante. Es muy *british* y muy dada al sarcasmo, que celebra con especial delectación.

Es, por encima de todo, una buena persona; alguien extremadamente leal, dulce y tierna; que me apoya a muerte en todo lo que hago, que escucha con atención y cuenta con la misma intensidad.

Cuando me abraza, lo hace con tanto cariño que lo siento, físicamente, moverse en forma de olas dentro de mí. Cuando me abraza, siento el mar moviéndose dentro de mí.

Ahora estamos aquí, en EL SOFÁ. Ella en un extremo leyendo sus interminables y adoradas obras en inglés, yo en el otro extremo procurando concentrarme en mi libro, mirándola por encima de las gafas y sintiendo su placidez. La luz entra a chorros por su ventana. Me pregunto si esto es ya el principio, el punto inicial de un camino... que deseo recorrer.

Recuerdo perfectamente la primera vez que oí su voz. Iba buscando un vaso de agua... y he terminado encontrando el mar. Inmenso.

NOTA DEL AUTOR:

Debo dar las gracias a la editorial por permitirme publicar “Diez” con todos los signos de puntuación y la estructura originales del libro, aun sin estar muy de acuerdo con ello. Lo cierto es que juego mucho con comas y punto y coma porque escribo como lector, con la musiquita de la lectura resonando en mi cabeza y las pausas que hacemos mentalmente cuando llegamos a un signo de puntuación o a un salto de línea; todo en pos de conseguir un ritmo, unos tempos, una agilidad que creo es lo más conseguido de este libro: que resulta fácil leerlo de un tirón sin apenas darse cuenta. Gracias.

Si te ha gustado

Diez

te recomendamos comenzar a leer

Mariposa de fuego

de *Concha Álvarez*



PRÓLOGO

«Los ángeles caídos serán desterrados del Purgatorio, la Tierra, si incumplen los *preceptos de Dios. Perderán las alas y arderán en el fuego del averno, condenados a ser sombras por toda la eternidad*». *Libro II, Cap.1, Vers. 2 del Libro de los ángeles defensores de Dios.*

Gerard prefería no sentir nada a esa insufrible soledad que le pesaba sobre los hombros desde la niñez y presionaba su cuello como una soga.

El encargo de Lucien le había proporcionado la oportunidad de librarse de Gabriel y adormecer esa sensación que lo volvía vulnerable. Quizás habría aceptado, si no se la hubiera brindado Gabriel, pero cada día le costaba más seguir adelante. Durante mucho tiempo, odiar a Denis le había proporcionado un motivo para vivir. Ahora, incluso ese motivo se había desvanecido gracias a Lucien. Su hermano le había jurado por la memoria de su madre y acompañado de numerosas advertencias que, si intentaba acercarse a Denis o a Sara, le arrancaría las alas, pluma a pluma. Sus amenazas no le importaban, pero su querido hermano ignoraba que había perdido sus ansias de venganza al darse cuenta de que Sara no era Casandra y Denis solo un humano enamorado. Destruirlos ya no supondría ninguna diversión. No reconocería ni ante Lucien ni ante sí mismo que en el fondo los envidiaba. Hubiera dado las alas por ser el destinatario de ese amor. Él nunca experimentaría algo similar. Ni siquiera de niño supo qué era ser amado. Recordar su infancia aumentó su malhumor. El orfanato, el hambre, la suciedad eran recuerdos amargos. Sus hermanos nunca comprendieron la lucha interior que lo carcomía por dentro. No podía confiar en nadie, porque tarde o temprano lo traicionarían. Sus ganas de disfrutar de los placeres de la vida no venían impuestas por un carácter mundano, sino por todas las necesidades a las que lo habían sometido en su más tierna infancia. Había aprendido con apenas tres años que la calle tenía sus propias leyes, unas leyes imposibles de romper. El pago por incumplirlas era un cuerpo repleto de verdugones y un estómago vacío. Pero sus queridos hermanos nunca entendieron esa parte de él. Se habían criado entre encajes, amor y cuidados. Mientras que Gerard solo recibió desprecio y burlas. Ser el hijo bastardo de un conde y una criada que murió al darle a luz

supuso un duro aprendizaje. Ni siquiera cuando se convirtió en un hombre se libró de las miradas despreciativas; sin embargo, las que no soportaba eran las compasivas. Por eso, cuando apareció Casandra, para él fue como un rayo de luz en su vida. Una esperanza para su salvación. Ella no lo miraba de ninguna de esas maneras, solo con admiración y deseo. Creyó que le facilitaría un trozo de pastel de esa tarta que todos llamaban felicidad, pero los monstruos no pueden ser felices.

Apuró la copa y se sirvió otra y, esta vez, sus pensamientos se desviaron al viejo comandante. Gabriel haría lo imposible por saber por qué no había perdido las alas después de matar a un inmune. Él se hacía la misma pregunta. La diferencia entre ambos residía en que a Gerard le daba igual si se trataba de un castigo o un milagro. No se dejaría diseccionar en un laboratorio para que lo averiguara aquella panda de lunáticos.

Contempló a la rubia que movía las caderas encima del escenario. Bebió de un solo trago el *whisky* de tercera categoría que le quemó las entrañas mientras miraba el perfecto cuerpo de la bailarina. Cuando la música terminó, la chica se bajó del escenario y se acercó a él.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó.

—El que tú quieras, preciosa.

—Te llamaré Lucifer —rio como si pronunciara una broma que solo ella entendía—. Me gusta lo esotérico —aclaró, y bebió de su copa. El pintalabios de la rubia marcó el filo del vaso.

—A mí también.

En los ojos de Gerard se apreció una enigmática sonrisa al pensar cómo reaccionaría si supiera lo cerca que estaba de un auténtico ser maligno.

—Lucifer, esta noche te enseñaré cómo de divertido es el infierno.

La curiosidad sobre lo que tenía que ofrecerle llamó su atención, pero la conversación se interrumpió a causa de la aparición de cuatro ángeles. Sus antiguos amigos se apoyaron en la barra para no llamar la atención del resto de clientes.

—Querida, deberá ser en otro momento —dijo Gerard, y la besó.

La joven lamentó que la situación acabara de aquella manera. Ese hombre le gustaba y hacía mucho que deseaba disfrutar y no fingir el placer. Se giró con la intención de descubrir qué había llamado la atención de su particular Lucifer. Llevaba el tiempo suficiente en ese mundo para advertir que los cuatro hombres de la barra habían acabado con su pequeña fiesta.

—Puedo llamar a...

—Será mejor que no lo hagas —le interrumpió Gerard, empujándola con suavidad hacia la salida.

Cuando la rubia desapareció, se mantuvo alerta, a la espera de ver qué harían sus cuatro amigos. Sin disimular cuáles eran sus intenciones, lo rodearon. Antes, ordenaron a todos los clientes y empleados de aquel antro que se marcharan.

—Gabriel quiere verte —dijo uno de ellos. Aparentaba unos cincuenta años humanos y sus subalternos lo llamaban Samuel.

—¿Por qué no ha venido él? —Su tono altanero enardeció al ángel.

—Acompáñanos o...

—... o piensas obligarme. ¿Crees que eso me preocupa?

El caído crujió uno a uno los dedos en una clara advertencia de que no se rendiría con facilidad. Pronto les enseñaría a esas marionetas de Gabriel que ya no obedecía ninguna orden divina. Con un gesto de la mano les indicó que actuaran. Se trataba de una provocación y, salvo el jefe de los ángeles, ninguno resistió la invitación del caído. Gerard era un gran soldado, había sido uno de los mejores. Después de varios golpes y zarpazos, dos de sus antiguos compañeros terminaron en el suelo. Ninguno de ellos reanudaría la pelea. Samuel esperó paciente, en la retaguardia, hasta asestarle un golpe definitivo que lo dejó inconsciente.

—¡Maldito bastardo! —gritó, dándole una patada en las costillas.

El único ángel que había aguantado el ataque de Chevalier desenvainó la espada de fuego dispuesto a cortarle las alas, pero Samuel gritó:

—¡Detente! El comandante lo quiere de una pieza.

Gabriel observó el paisaje de la campiña inglesa. Al arcángel nunca le habían gustado sus valles ni ese tiempo lluvioso y frío. Su único aliciente era que se trataba de un lugar tranquilo y solitario, lejos de los ojos curiosos de los humanos. La puerta se abrió y dos jóvenes ángeles lanzaron al suelo a Chevalier. El prisionero se levantó con dificultad sin decir una palabra.

—Me alegro de verte con tan buena cara —lo saludó el comandante.

Gerard esbozó una sonrisa y con la palma de la mano se limpió la sangre de la mejilla.

—Lamento no decir lo mismo —respondió el joven caído—, pero eso ya lo sabes.

El arcángel emitió una carcajada. Aquel infame aún mantenía su sentido del humor intacto y era tan ácido como recordaba. Lamentaba haber perdido a un guerrero de su valía; habría sido un buen oficial con el carisma suficiente para que los hombres le siguieran hasta el mismo infierno.

—Debemos averiguar por qué eres un hijo de puta con tanta suerte. ¿No crees?

Sus palabras obligaron a Gerard a mostrar una mueca desagradable en el rostro. Dos de los ángeles, que habían permanecido junto al comandante, avanzaron hacia él.

—Señor —dijo uno de ellos—, Sariel aguarda que le entreguemos al prisionero.

Gabriel asintió con cierta nota de resignación. Todos conocían los métodos interrogativos del arcángel. Tarde o temprano averiguaría las razones que habían llevado a Gerard a conservar las alas. En cierta manera, lamentaba que en dicho proceso, el joven que tanto le recordaba a él, no sobreviviera.

Seis horas más tarde, uno de sus subalternos entró en su despacho con la cara congestionada por la angustia. Se le veía impaciente y respiraba con dificultad.

—¿Por qué interrumpes mi estudio? —preguntó con furia, apenas contenida.

—Es el prisionero —dijo, tras un instante de vacilación.

—¿Sariel ha averiguado ya por qué mantiene las alas?

—Señor... bueno... el caso es que... —dudó el ángel.

—Habla —le ordenó a punto de perder la paciencia.

—Ha escapado —dijo, y tragó saliva, temeroso de la reacción de su superior.

—¿Cómo es posible? —gritó, y Gabriel golpeó la mesa con los puños—. ¿Y Sariel?

El ángel, avergonzado, bajó la cabeza a modo de respuesta.

—Ella, bueno... estaba... él y ella...

Gabriel no pidió ninguna otra explicación. Ese bastardo sabía muy bien cómo seducir a una mujer, incluso si esta era un arcángel. Su risa sustituyó a la rabia. El joven ángel, desconcertado por el comportamiento de su jefe, se retorció, todavía más nervioso, las manos. Mientras, el comandante colocaba las suyas tras la espalda y se acercaba a la ventana. Reconoció a su pesar que Chevalier siempre era un digno contrincante.

Lo más duro de todo es el silencio, borrar tu nombre de mi boca, no volver a verte sonreír



¿Qué hacer cuando todo se derrumba a tu alrededor y el suelo se hunde a tus pies? Seguir nadando. Nunca parar. Y si cuentas con la ayuda de una amiga caritativa, pues, mejor que mejor. Con humor, a veces, con intensidad siempre, nuestro protagonista nos va relatando su particular ascenso hasta las nubes, utilizando sus encuentros amorosos como hilo conductor. Cada nueva relación es un nuevo peldaño hacia la luz. Por el camino se van dejando los jirones de la desdicha, hasta mudar por completo la piel. Al final, el amor nos lo quita, el amor nos lo da. La perseverancia rinde sus frutos; se dejan atrás las ciénagas sin horizontes, hasta llegar a encontrarse frente al luminoso mar, inmenso.

S. B. R. Valenciano de ultramar, Ingeniero de profesión, hombre de letras por vocación, S.B.R. nos regala con historias de vida escritas con la intensidad y la mirada propias de alguien que ha visto la cara oculta de la luna. Buena cuenta de ello nos da en Diez, su primera obra publicada, donde resurgen de sus cenizas la pasión y las alegrías de vivir, que son muchas, y no una sola.

Edición en formato digital: enero de 2018

© 2018, S. B. R.

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-941-6

Composición digital: Mandala Estudio

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

[Diez](#)

[0. Wunderbar. Mucho tiempo antes](#)

[1. Tristana. Mucho tiempo después](#)

[2. Abruptum](#)

[3. Victoria](#)

[4. Isabel](#)

[5. Alejandra](#)

[6. Madlene](#)

[7. Kate](#)

[8. Amelia](#)

[9. Sasha](#)

[10. Marie](#)

[Diario de Marie](#)

[Epílogo](#)

[Nota del autor](#)

[Si te ha gustado esta novela...](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre S. B. R.](#)

[Créditos](#)

Table of Contents

[Diez](#)

[0. Wunderbar. Mucho tiempo antes](#)

[1. Tristana. Mucho tiempo después](#)

[2. Abruptum](#)

[3. Victoria](#)

[4. Isabel](#)

[5. Alejandra](#)

[6. Madlene](#)

[7. Kate](#)

[8. Amelia](#)

[9. Sasha](#)

[10. Marie](#)

[Diario de Marie](#)

[Epílogo](#)

[Nota del autor](#)

[Si te ha gustado esta novela...](#)

[Sobre este título](#)

[Sobre S. B. R.](#)

[Créditos](#)